

CAPITULO XXX

LA ASUNCION AL CIELO

*Assumpta est Maria in caelum, gaudent
Angeli, laudantes benedicunt Dominum.*
(La Iglesia en la antifona 1.^a del rezo de la Asuncion.)

LA Sagrada Escritura nada dice acerca de la muerte de la Santísima Virgen. *Tránsito* llamaron nuestros mayores á su fallecimiento con expresiva frase, pues ni su muerte fué como la de los otros hombres, ni acompañada de angustias y agonía, ni de fealdad y terrores (1). La que no había pecado en Adán, no estaba en rigor sujeta á la pena que se le impuso; pero habiéndose sujetado á ella su divino Hijo, era consecuente que también quedara comprendida en esa penalidad su Santa Madre.

Sus deseos de salir de esta vida mortal, de volar á incorporarse con su Hijo para estar con Él, para no separarse nunca, fueron vivísimos. ¿Qué madre tuvo jamás tanta ansia por volver á ver á su hijo? ¿Y qué hijo mereció jamás tanto anhelo de una madre? Aunque la Sagrada Eucaristía templase diariamente tales ansias, aunque los últimos años de su vida fueran un éxtasis casi continuo, viviendo en frecuentísimo contacto con el cielo, estos favores no habían de ser bastantes para satisfacer á su alma enamorada, y para ella parecen hechas aquellas doloridas frases del Rey David su ascendiente (2): «¡Ay de mí cuánto se va prolongando mi destierro!» Y aquellas de San Pablo: «Deseo morir para estar con Cristo (3).» La muerte para las almas puras y santas, confirmadas en la Divina gracia, lejos de ser horrible y temida es plácida y deseada. El espíritu se desliga de la materia como el preso de sus ataduras: caen las cataratas de la carne y ve el justo la verdadera

(1) Algunos antiguos Padres llegaron á dudar si la Santísima Virgen murió realmente y se cita á San Epifanio entre ellos, pero la Iglesia no duda acerca de que murió realmente.

San Dionisio afirma que conservaba al tiempo de su muerte singular belleza.

(2) Salmo 120, vers. 5.

(3) *Desiderium habens dissolvi et esse cum Christo (Ad Philipens., 1, 23).*

luz. ¡Oh cuán preciosa es la muerte de los Santos á los ojos del Señor (1)! Si la Sagrada Escritura no alcanza á los últimos tiempos de los Apóstoles ni á dejarnos noticias acerca del tránsito de la Virgen, la tradición y la Iglesia Santa nos las han conservado, y no es lícito al católico desairarlas, contenidas como están en el rezo del Oficio Divino, y tomando este de un sermón de San Juan Damasceno (2). «Por una antigua tradición, dice, ha llegado hasta nosotros la noticia de que al tiempo de su glorioso tránsito todos los Santos Apóstoles, que andaban por el mundo trabajando para la salvación de las almas, se reunieron al punto llevados milagrosamente á *Jerusalén*. Estando, pues, allí gozaron de una visión angélica, oyeron un celestial concierto, y de este modo entregó en manos de Dios su ánima santa henchida de soberana gloria. Su cuerpo, que había recibido á Dios de una manera inefable, fué enterrado en un nicho allí en Gethsemaní (3), mezclándose en el entierro los himnos de los Apóstoles con las armonías de celestes coros. Durante tres días se oyeron allí cantos angélicos, que cesaron al cabo del tercer día. Llegando entonces el Apóstol Santo Tomás, único que faltaba, y deseando adorar aquel cuerpo que había tenido á Dios encarnado, abrieron el túmulo, mas ya no encontraron allí el sagrado cuerpo, sino solamente aquellos objetos con que había sido sepultada, los cuales despedían suavísima fragancia: en vista de esto volvieron á cerrar el modesto túmulo. Asombrados en presencia de este misterioso milagro, no pudieron menos de pensar que Aquel, á quien plugo encarnarse en las entrañas de la Virgen María para hacerse hombre y nacer como tal, siendo Dios, el Verbo y Señor de la gloria, y que preservó incólume su virginidad á pesar del parto, quiso también honrar su cuerpo inmaculado en seguida de su muerte, conservándolo sin corrupción alguna y concediéndole el que fuese trasladado al Cielo antes de la general resurrección del linaje humano.»

«Cuando esto aconteció estaban con los Apóstoles el muy santo varón Timoteo, primer Obispo de Éfeso, y Dionisio Areopagita, según atestiguan el mismo, en lo que escribió acerca del bienaventurado Hieroteo, que también se hallaba allí; diciendo:—«Entre los mismos santos prelados inspirados por Dios se convino en celebrar con himnos, como cada cual pudiese, la infinita bondad del poder divino, acerca del sagrado cuerpo de la Virgen, cuando nos reunimos con muchos de nuestros santos hermanos, como ya te acordarás, para ver aquel cuerpo de donde la vida tuvo principio, y que engendró al mismo Dios; estando también allí Santiago, pariente del Señor, y Pedro, suprema autoridad y la más antigua entre los teólogos.»

(1) Salmo 115.

(2) Las lecciones del segundo nocturno del Breviario romano al día 18 de agosto se refieren á dicho Santo Padre al final de su oración 2.^a ó sermón de *dormitione Deiparae*.

(3) Si fué enterrada en Gethsemaní, no es aceptable la tradición griega que supone á la Santísima Virgen muerta en Efeso, ni aun creo que la Santísima Virgen saliera de Jerusalén para ir allá. ¿Qué tenía que hacer en Efeso, con San Juan y la Magdalena? Citase en apoyo de esa opinión á Modesto Patriarca de Jerusalén al año 920, fecha muy retrasada. Veremos que á Santa Pulqueria dijo otra cosa más cierta su antecesor Juvenal. Que el sepulcro de la Magdalena estuviera ó no en Efeso, importa poco para nuestra cuestión.

Tal es la tradicion de la Iglesia acerca del tránsito y Asunción de la Virgen Santísima á los cielos desde los primeros tiempos del Cristianismo, segun la refiere un padre tan eminente y discreto como el Damasceno, y la acepta la Iglesia, consignándola en su rezo, diga lo que quiera la crítica sobre ello.

En efecto, San Juan Damasceno vivia en el siglo VIII: hay mucha distancia desde mediados del siglo I en que murió la Santísima Virgen hasta mediados del VIII en que se supone murió aquel Santo Padre (754 á 757), y su autoridad, grande para afianzar la tradicion que duraba todavía en su tiempo, es harto escasa para afianzar la exactitud histórica. Muchos críticos y muy piadosos no quieren creer que la Santísima Virgen muriese en Jerusalem, sino en Éfeso, habiendo de ser aquella en breve arrasada y abrasada por los romanos, diez años despues de la muerte de la Virgen.

En tan delicadas materias, en que luchan por una parte las tradiciones piadosas y por otra los argumentos de la crítica, manejada, no por impíos sino por católicos, sabios, piadosos y de buen deseo, el mejor sistema es no negar rotundamente ni tampoco creer de ligero. Por ese motivo parece preferible dar aquí un trozo tomado de una obra moderna escrita por un piadoso padre de la Compañía de Jesus, en la Vida de la Emperatriz Santa Pulqueria, especial devota de la Santísima Virgen y propagadora de su culto (1):

«Para mejor inteligencia de este punto, dice, conviene recordar aquí lo que Nicéforo refiere en otro lugar, y es, que deseando la Santa (Pulqueria) obtener el cuerpo de la Madre de Dios (2) para enriquecer con él su iglesia, y pidiendo con instancia esta gracia á Juvenal, Patriarca de Jerusalem, el cual, despues del Concilio se habia quedado en la corte, con motivo de una sedicion, le respondió el Patriarca que el sepulcro de la Virgen estaba efectivamente en Jerusalem, pero que segun una tradicion, no menos antigua que verdadera, habiendo los Apóstoles abierto el sepulcro de la Virgen, tres dias despues de su muerte, para mostrar el cuerpo á Santo Tomás, que no habia asistido como ellos á la muerte y sepultura de la misma, no hallaron en él otra cosa mas que las fajas y los lienzos sepulcrales, quedando todos persuadidos de que el sagrado cuerpo de la Virgen habia sido llevado al cielo juntamente con el ánima por el especial favor de su divino hijo.— Oyendo esto (añade Nicéforo), ya que no podia obtener otra cosa, pidió que le diesen á lo menos el sepulcro con los lienzos que en él habian quedado, en lo cual le complació Juvenal, enviándole despues de su regreso á Jerusalem todo cuanto descaba.»

«Esta relacion (dice el P. Contucci) tiene tantas dificultades en todos sus pormenores,

(1) Vida de Santa Pulqueria escrita en italiano por el P. Contucci de la Compañía de Jesus, traducida al castellano por el P. Andrés Artola de la misma Compañía, impresa en Madrid en 1863. El capitulo XXIX que cortaba la narracion se puso por apéndice en la edicion española, pág. 216.

(2) Por mas que me digan, nadie me hará creer ese desatino tan ofensivo á Santa Pulqueria como á la santa é inconcusa tradicion del misterio de la Asuncion, que sujetos piadosos piden á la Santa Sede sea elevado á dogma y punto de Fe. La peticion del cuerpo de la Virgen por Santa Pulqueria supone ignorancia de la Asuncion por parte de esta ó incredulidad de la Santa. Y ¿quién hará á Santa Pulqueria el agravio de creerla ignorante ó incrédula de la Asuncion de la Virgen?

Nicéforo, como buen griego, fué escritor poco discreto y menos seguro, crédulo unas veces y ligero por lo comun.

que, exceptuando la Asuncion de la Santísima Virgen, muchos escritores modernos no ven en ella mas que una voz popular, trasformada en punto histórico sin pruebas suficientes, ó una invencion, sea de Juvenal, sea de cualquier otro de devocion poco discreta é infundada. No es este el lugar de examinarla críticamente; pero limitándonos únicamente á lo que pertenece á nuestra Santa, si la Asuncion de la Santísima Virgen era, segun dice Juvenal, una tradicion antiquísima y por consiguiente notoria, ¿cómo podia ignorarla Pulqueria, mujer no menos docta que piadosa, hasta el punto de pedir con instancia el sagrado cuerpo? ¿Y cómo podia obtener el sepulcro, cuando de los escritores vecinos á aquellos tiempos se colige la incertidumbre que entonces habia, y que aun dura al presente, del lugar donde vivia la Virgen y de la ciudad donde murió, si fué en Jerusalem ó en Éfeso? Pero cualquiera que fuese este sepulcro, que entre los Judíos solia abrirse en la peña viva, ya fuese caja fúnebre, si es que tal uso existia en el pueblo hebreo, ó féretro para trasportar los cadáveres, que por lo mismo no suele encerrarse en la tumba, como aquí debiera suponerse, cualquiera, repito, que fuese este pretendido sepulcro, es lo cierto que la Santa no pudo colocarle en su templo, porque Juvenal volvió á Jerusalem en julio, ó poco antes que Pulqueria pasara á mejor vida, ó mas probablemente en agosto, cuando ya habia muerto, como lo confiesa el mismo Nicéforo, poco concorde consigo mismo, cuando, sin hacer mencion ninguna de la Santa, dice que fueron llevadas á Constantinopla aquellas reliquias en tiempo de Marciano, que sobrevivió á su santa esposa.»

«Si en tal incertidumbre pudiesen dar alguna luz las conjeturas, yo creeria (sigue hablando el P. Contucci) que hay en ello alguna equivocacion originada de lo que sucedió, segun dicen, en tiempo de Leon. Pretenden algunos que habiéndose hallado en poder de una piadosa mujer de Palestina ciertos vestidos, que habia usado la Virgen, fueron colocados por aquel Emperador en la iglesia de Blancherna, con la misma caja en que antes se conservaban. No hay cosa mas fácil que, por haber venido de Jerusalem, creyese el vulgo que fuese aquella la caja sepulcral, y los vestidos los mismos que quedaron en el sepulcro despues de la Asuncion de la Santísima Virgen, y tomando los historiadores sucesivos como un hecho positivo lo que no era mas que una voz popular, se llegase á formar una relacion, no menos extravagante por el anacronismo, que por las circunstancias con las cuales quisieron adornarla y hacerla mas admirable.»

Hasta aquí el piadoso Jesuita. Yo no me atreviera á decir tanto; pero celebro que él lo haya dicho.

Los escritores, principalmente agustinianos, que tratan de la fiesta de la Correa que ceñia la Santísima Virgen, suponen que entre los lienzos y demás objetos de su mortaja, que en el sepulcro quedaron, estaba aquel objeto con que ceñia su túnica la Santísima Virgen. Algunos añaden que esta correa fué lo único que regaló Juvenal á Santa Pulqueria, y aun citan por testigo de ello al poco seguro Nicéforo. Pero ni aun esto puede pasar fácilmente á los ojos de la crítica, pues Nicéforo no habla de correa, ni aun siquiera de

ceñidor ó cingulo, sino de *fajas* para amortajar (1) (*sepulcrales fascias*), aludiendo á las fajas ó largas tiras de lienzo con que los judíos amortajaban y embalsamaban sus cadáveres casi al estilo de los egipcios, entre los que habian vivido, y como el Evangelio de San Juan nos describe á Lázaro saliendo del sepulcro (2).

A estas dificultades para creer que el sepulcro de la Virgen fué llevado á Constantino-
pla, se añade que la tradicion de Jerusalem lo supone existente allí. Fray Antonio del Cas-
tillo, que describió la iglesia de la Virgen tal cual estaba en el siglo xvii, y está todavía
en el monte Olivete, dice de ella lo siguiente (3): «Entramos en el huerto de Gethsemaní,
y luego fuimos al sepulcro de la Virgen Santísima. Es una iglesia muy grande y her-
mosa, de maravillosa fábrica y arquitectura: la mayor parte de esta iglesia está debajo de
tierra, de modo que de tanta máquina como tiene, no se viene á descubrir por arriba mas
que fábrica cuadrada por de fuera, y toda ella no parece sino una casa muy pequeña.

»Bájase á esta iglesia por cincuenta escalones muy anchos y espaciosos: son todos de
jaspe blanco. A poco mas de la mitad de la escalera como se va bajando, á la mano
izquierda, está el sepulcro de San José, esposo de la Virgen, en una capilla muy pequeña,
y en la misma capilla está tambien el sepulcro de Simeon el Justo, el que tuvo al Niño
Jesus en sus brazos, cuando le presentó la Virgen en el templo. A la mano derecha en
frente de esta capillita hay otra en la cual están los sepulcros de San Joaquin y Santa Ana,
padres de la Virgen.

»En bajando á la iglesia, en medio de ella está el sepulcro de la Virgen Santísima.
Está todo hecho de una piedra y cubierto de mármol fino muy blanco. Aquí decimos misa
los sacerdotes latinos solamente (4)....

»En saliendo de este santísimo sepulcro, como treinta y tres pasos, se entra en la cueva
á donde Cristo oró y sudó sangre la noche de su Pasión.»

Difficil es por tanto aceptar las tradiciones griegas acerca de la muerte de la Santísima
Virgen en Éfeso, ni menos las relativas á la traslacion de su sepulcro á Constantinopla,
ni en vida de Santa Pulqueria, ni de su esposo el Emperador Marciano.

Puesto que la Iglesia de Jerusalem conserva la tradicion del sitio donde la Virgen fué
enterrada, y la Iglesia acepta en el rezo del Oficio Divino la narracion de San Juan
Damasceno, posterior á los tiempos de Santa Pulqueria y del poco seguro Nicéforo, su-
poniendo el entierro en el huerto de Gethsemaní, parece lo mas seguro y aceptable con-

(1) *Sacri loculi nomen habens.... Divinum loculum et sepulcrales fascias.... ibi reposuit.*

Citado por el P. Contucci á la página 179 de la version española.

(2) Evangelio de San Juan, cap. XI, vers. 44.

(3) Prefiero como ya he dicho las sencillas narraciones de este buen fraile español, que estuvo allí hace dos siglos y medio
y muy de asiento (1626), á las poéticas descripciones de los viajeros franceses, que han recorrido la Palestina á guisa de turistas.

Mas de doscientas Misas habia dicho el P. Castillo en aquella iglesia, segun refiere el mismo, al describir prolja y candoro-
samente los riesgos y apuros con que iban entonces allá á decir Misa de madrugada los pobres frailes franciscanos, que han
sufrido los palos en aquellos parajes, hasta los tiempos presentes, en que, mejoradas las condiciones, ya todos pueden allí ser va-
lientes.

(4) Hoy, por desgracia, aquel santo lugar se halla en poder de los cismáticos que lo han usurpado á los latinos.



formarse con lo que la Iglesia acepta y la piedad cristiana va trasmitiendo en Jerusalem de generacion en generacion.

Para conclusion de la vida de la Santísima Virgen María en la tierra conviene fijar en lo posible, y siguiendo las investigaciones de los críticos piadosos, Baronio, Pagi y otros, las fechas principales de la vida de aquella, por aproximacion, y sin entrar en grandes controversias que aquí fueran impertinentes.

El nacimiento de la Santísima Virgen se supone hácia el año 22 del Imperio de Augusto, calculando que Nuestro Señor Jesucristo nació en el 42 de su Imperio, y que tenia aquella unos 18 años al tiempo de la Encarnacion y nacimiento del Verbo.

Segun este cálculo, y habiendo vivido Nuestro Señor Jesucristo 33 años, tenia Nuestra Señora unos 50 de edad al tiempo de la Pasion y muerte de Aquel. No hay, pues, motivo para pintarla como jóven ó niña en aquel trance.

Habiendo vivido unos 22 ó 23 años despues de la muerte de Jesus, resulta que murió de edad de 72 años cumplidos (1) y hácia el año 55 de la Era vulgar y cómputo comun, cinco años despues de la dispersion de los Apóstoles y quince antes de la ruina de Jerusalem. Su muerte se fija comunmente al día 15 de agosto, en que celebra la Santa Iglesia su tránsito á modo de sueño y su gloriosa Asuncion.

Almas piadosas trabajan hoy día con empeño por que se declare por la Iglesia como punto de fe que la Santísima Virgen fué sublimada al Cielo en carne mortal por su Santísimo Hijo, conforme á la constante tradicion de la Iglesia. Cuán antigua y arraigada sea esta en España lo veremos en el libro siguiente.

Los artistas antiguos figuraron la Asuncion de una manera simbólica muy notable, pues representaban á Jesucristo junto al lecho mortuorio de María, teniendo en las manos una figurita de mujer en actitud de levantarla y dirigirla al Cielo, simbolizando el alma en aquella pequeña figura. Del siglo vi hay relieves con esta representacion.

Pero esta tosca alegoría dejó de usarse así que progresaron las artes, y entonces se sustituyó el colocar á la Virgen sobre un grupo de nubes, con las manos cruzadas sobre el pecho, en actitud extática, y mirando al Cielo, para indicar que se remonta á él, rodeada de Ángeles, que acompañan, no ya su alma, sino su cuerpo.

En las catacumbas de Zaragoza se ha creido encontrar otra alegoría de la Asuncion, desde el siglo iv de la Iglesia. En el sepulcro de Santa Engracia se ve una matrona cuya

(1) Esta es la opinion que adopta Augusto Nicolás, apoyándola en la de San Andrés de Creta, oracion 1.^a y *Dormitione SS. Deiparae*, y refiriéndose á la *Bibliotheca Patrum*, tomo X, pág. 655.

Pero las opiniones y cómputos están muy discordes sobre el asunto. Orsini dice hablando de la incertidumbre acerca de esa fecha: «Eusebio la fija en el año 48 de nuestra Era: segun esto Maria habria vivido solamente 68 años. Pero Nicéforo, libro 11, cap. XXI, dice formalmente que murió en el año 5.^o del reinado de Claudio ó sea 45 de la Era vulgar. Entonces, suponiendo que la Santísima Virgen tuviese 16 años cuando el Salvador vino al mundo, habria vivido 61 años; pero Hipólito de Tebas asegura en su Crónica que la Santísima Virgen parió de edad de 16 años y murió once años despues de Jesucristo. Segun los autores del *Arte de comprobar las fechas*, la Virgen murió á la edad de 66 años.»

Por mi parte hallo una razon para darle mas edad. Si la dispersion de los Apóstoles tuvo lugar del año 50 al 51 de la Era vulgar, segun la opinion mas corriente, la Virgen debió morir despues de esa fecha y por tanto de edad de mas de 70 años.

diestra toma otra mano, que sale de entre las nubes, y se ha creído sea la efigie de la Santísima Virgen (1) cuya diestra toma el Eterno Padre para subirla al Cielo.

Por lo que hace á la imagen verdadera del rostro de la Santísima Virgen, preciso es confesar que no existe ninguna que pueda ser considerada como retrato suyo.

Ya desde el siglo v por lo menos se veneraba en Constantinopla una imagen de la Santísima Virgen que se decía pintada por San Lucas. Estaba en la iglesia llamada de los *odagos* (*los gutas*), que reparó Santa Pulqueria, la cual puso en ella una efigie que le regaló la Emperatriz Eudoxia y se atribuía al Santo Evangelista (2). Pero hoy día los críticos no admiten ya ni que San Lucas fuera pintor, ni que sean de su mano las muchas y muy varias imágenes que como tales han sido veneradas. Por lo mucho que habló en su Evangelio acerca de la Santísima Virgen, y mas que ningun otro de los Evangelistas, le llamaron los primeros cristianos *el pintor de la Virgen*: de aquí vino el que algunas personas poco instruidas tomaran al pié de la letra este dicho y que luego lo viniera repitiendo el vulgo.

Tres se dice que fueron las principales imágenes de la Virgen pintadas por San Lucas, pero la verdad es que se citan como tales otras muchas. En Roma por de pronto se citan tres:

- 1.ª La de Santa María la Mayor en la capilla de Paulo V.
- 2.ª La del Álamo (*del Populo*) (3) en la via Flaminia.
- 3.ª La de Araceli, que suponen es la que se trajo de Antioquía y regaló á Santa Pulqueria la Emperatriz Eudoxia (4).

Ninguna de ellas se parece á las otras, ni parecen tampoco de la misma mano y de igual estilo, dibujo y colorido.

El Rey Cárlos VI de Francia supuso á fines del siglo xiv que habia adquirido la efigie de la Virgen pintada por San Lucas y que habia sido de Santa Pulqueria, y envió

(1) Así lo defendió el Sr. D. Aureliano Fernandez Guerra en un artículo publicado en la Revista católica titulada *La ciudad de Dios*, año de 1870, alegando razones para probar, que aquel monumento era del siglo iv y que la figura cuya mano toma Dios para subirla al cielo no representa á Santa Engracia sino á la Santísima Virgen. Es punto muy dudoso.

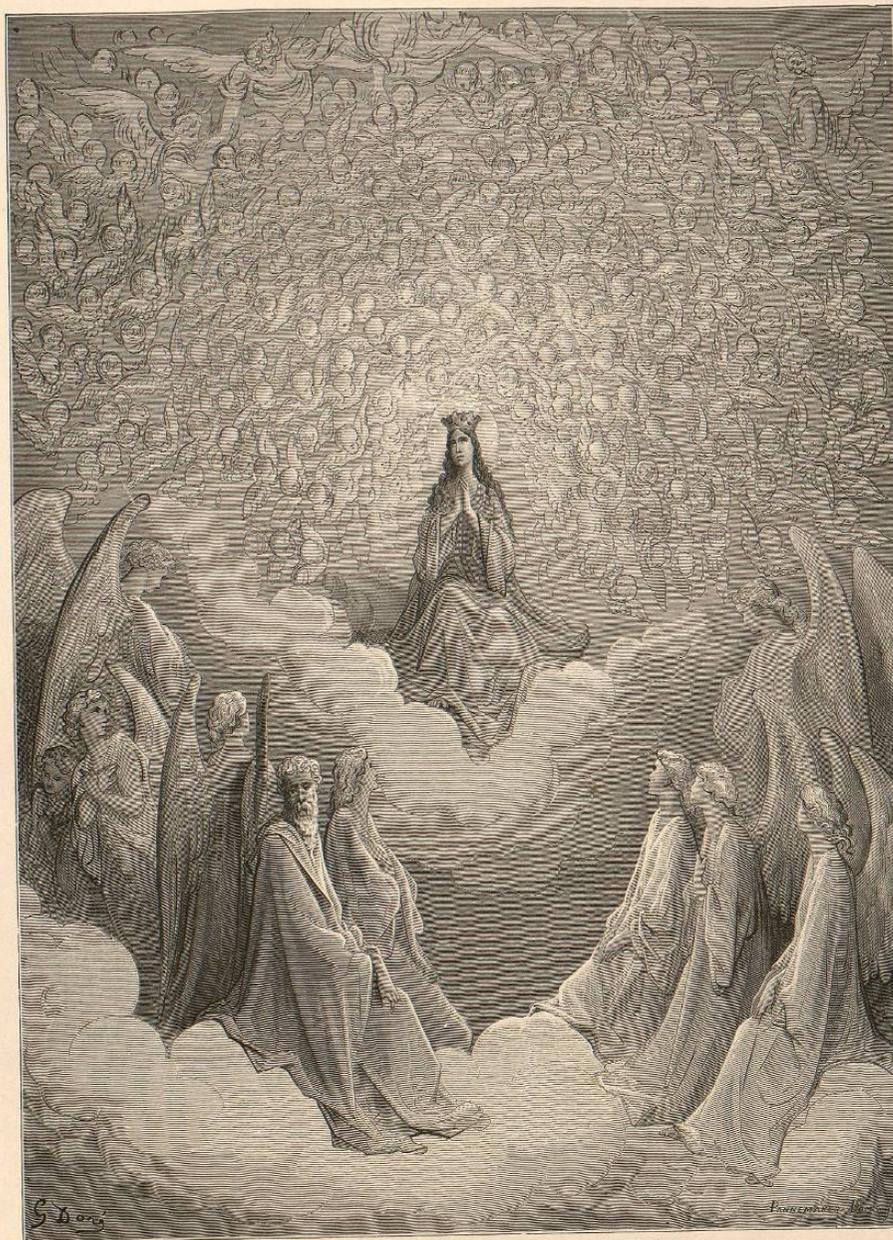
(2) San Jerónimo hablando de San Lucas solo dice que era médico. Si hubiera sido pintor, ¿lo hubiera ignorado San Jerónimo tan erudito y tan versado en las cosas de Palestina donde escribía? Este argumento, aunque negativo, es muy fuerte.

El P. Scio en el preámbulo del Evangelio de San Lucas conviene en que San Lucas no fué pintor y esta es hoy día la opinion de la casi totalidad de los criticos piadosos. Además en estas cuestiones no se debe dejar de oír á los artistas piadosos é inteligentes en la historia de las bellas artes, y estos no pueden aceptar como de San Lucas pinturas que revelan procedimientos de épocas posteriores.

(3) *Populus* en latin significa á veces el álamo, no el pueblo. Traductores ignorantes suelen llamar á esta efigie la Virgen del pueblo. Apareció en un álamo, y de ahí se le dió el nombre. La pintura es bizantina y por el estilo de la de Nuestra Señora del Socorro, objeto hoy día de gran veneracion en la iglesia de los PP. Redentoristas de San Alfonso Ligorio.

En varias iglesias de España he visto altares con la efigie de Nuestra Señora del *Populo*, que mejor se debiera haber dicho *in Populo* ó del Álamo.

(4) El P. Contucci en la Vida de Santa Pulqueria, pág. 179 de la version castellana, consigna la opinion de Ducange *in Constantin. Christ.* pág. 89, libro 4.º, y dice que aquella iglesia tomó el nombre «por la suma devocion con que toda la ciudad de Constantinopla veneraba la imagen de la Virgen pintada por San Lucas, que en ella se custodiaba...» «Esta es, añade, aquella imagen que Pulqueria recibió de Eudoxia.»



MARIA, REINA DE LOS ANGELES

copias á varios Reyes, entre ellos á D. Martin de Aragon, y no contento con esto decia su carta, que la efigie tenia algunos cabellos de la Santísima Vírgen, puestos sobre su retrato. Mas de esto se tratará en el tomo siguiente.

Como si estas fueran pocas, se citan igualmente como de San Lucas, una en el cerro de la Guardia junto á Bolonia, en un convento de religiosas dominicas dedicado á San Lucas, otra en Santa María la Mayor de Nápoles, otra en la iglesia de la Anunciata de Trápana y otra en un pueblo de Baviera que se dice traída de Creta. Total nueve, y todas distintas (1).

Para aumentar la confusion inventaron los falsarios en España que tambien las de Atocha y la Almudena en Madrid son de San Lucas, haciendo al Santo Evangelista no solo pintor sino tambien escultor, pues que ambas efigies son de escultura.

Aumenta la confusion el examinar las otras varias efigies que se dice haber sido hechas por ministerio angélico, unas en pintura y otras en escultura. De estas tenemos varias en España, pues además de la del Pilar de Zaragoza, hay otra en un convento de religiosas de Murcia y otra en otro convento de religiosas franciscas de Zamora.

De todas estas hablaremos en el siguiente tomo.

Tambien se ha disputado acerca del color, hermosura y disposicion exterior de la Santísima Vírgen. Unos han querido suponer que era de una belleza sorprendente, alegando pasajes del libro de los Cantares que no pueden tomarse al pié de la letra y en este sentido, sino en el figurado con que los aplica la Iglesia. Parece indudable que fué bella aun en lo exterior, pero no con sorprendente hermosura, y aun esta moderada con una singular modestia y recato de modo que ningun sentimiento desordenado produjera en quien la mirase. La belleza corporal nada significa á los ojos de Dios. Ella, tan sencilla y pura, tan amante del retiro y del recato, ¿para qué necesitaba estar dotada de esos atractivos frívolos y pasajeros de la belleza humana, que las almas santas miran como peligrosos y llegan á odiar algunas veces (2)?

Por igual razon quisieron suponer otros que era de color moreno, tomando al pié de la letra las palabras de los Cantares que le aplica la Iglesia en las antífonas de su rezo. *Nigra sum sed formosa*. Tomadas estas palabras literalmente habria que decir que la

(1) Sobre este punto puede verse á Gretser, cap. XVIII y XIX de su obra *De imaginibus non manufactis*. Benedicto XIV, en su instruccion pastoral 68, habla tambien sobre este asunto.

Carducho en sus *Diálogos de la pintura* (7 fól. 127), y Palomino en su *Museo pictórico* (lib. 2.º, cap. XI), hablan tambien de este asunto.

Acerca de la efigie de Nuestra Señora en Araceli escribió un libro el obispo y patriarca D. Francisco Jimenez, que se imprimió en Granada de órden del venerable arzobispo D. Francisco de Talavera.

Refiere el P. Gretser que la imágen venerada en Araceli era la que colocó en Constantinopla Santa Pulqueria, citando á Glicas, el cual dice que el venerable patriarca Germano se llevó esta efigie entre otras que sacó de Constantinopla cuando le desató el impio Leon Isáurico.

(2) Prescindiendo de las narraciones de las varias *Santas Barbadas* que se veneran en España y en otros puntos, hay el hecho notable de la Beata Mariana de Jesus, que se desfiguró de intento, para que su belleza no excitase ningun sentimiento impuro. Era de Madrid y vivió en el siglo XVII.

Virgen fué negra, y no morena, pues la palabra *nigra* no se traduce por morena, y para no tener que dar explicaciones difíciles lo mejor es no hacer aplicaciones impertinentes. El que sean negras muchas efigies antiguas de la Virgen tiene una razon bien natural, sencilla y hasta vulgar para todas las personas de regular erudicion. Los colores de que se valian los antiguos y aun se valen algunos pintores modernos para figurar la carne son metálicos, y muy especialmente el minio ó rojo y el blanco de albayalde: estos colores se oxidan y ennegrecen con el tiempo, y las imágenes debieran ser retocadas cuando esto sucede, puesto que el artista al hacerlas no las pintó de ese color negruzco, sino del color natural de la carne (1).

De la vision que tuvo Santa Teresa de Jesus un día de la Asuncion en el convento de Santo Tomás de Avila nos dejó muy curiosas noticias en el libro de su vida (2), y algunas de ellas relativas á su continente exterior. «Era grandísima, dice, la hermosura que ví en Nuestra Señora, aunque por figuras no determiné ninguna particular, sino toda junta la hechura del rostro, vestida de blanco con grandísimo resplandor, no que deslumbra, sino suave. Al glorioso San José no ví tan claro, aunque bien ví que estaba allí, como las visiones que he dicho, que no se ven: parecióme Nuestra Señora *muy niña*.»

Pretenden algunos protestantes, que á la Virgen se la debe pintar anciana (3). Esta es una novedad ridícula. Cuando tuvieron lugar los principales acontecimientos de su vida, su desposorio, la Encarnacion del Verbo, la visita á Santa Isabel, el nacimiento del Salvador y la huida á Egipto, niña era y tierna adolescente, que no llegaba á veinte años. Claro está que al representarla al pié de la Cruz no se la debe pintar como niña, pues tenia entonces mas de cincuenta años; pero en todos aquellos otros principales misterios preciso es al pintor cristiano representarla *niña* y de *grandísima hermosura*, cual aquí dice Santa Teresa que la vió, siquiera en aquella vision la gloria sobrenatural y celeste realizase á la belleza corporal y humana que en la tierra tuvo (4).

(1) La supersticion y estupidez del vulgo se han opuesto á estas restauraciones cuando preladados piadosos y sabidos instruidos las han intentado.

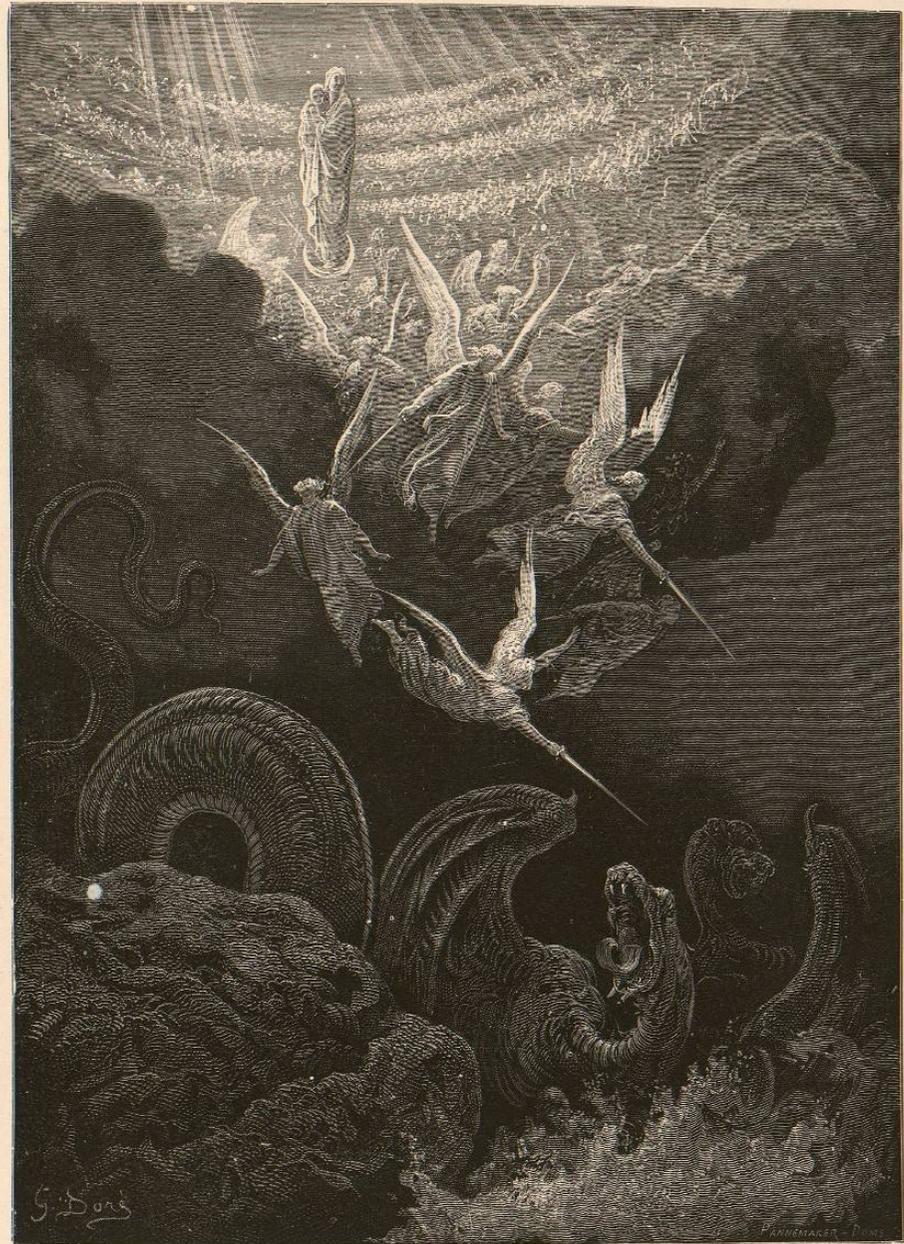
Efigies de estas hay que deberian estar en museos cristianos *especiales* (no mezclados con otros objetos profanos), pero no en los altares, pues inspiran irrision mas bien que devocion, y lo mismo sucede con algunas efigies de Santa Ana y otros santos.

(2) Libro de su vida, cap. XXXIII.

(3) Así lo dice el autor de las cartas publicadas en un folleto intitulado: *La Virgen María y los protestantes*, que es uno de los mas estúpidos que han expendido en España.

(4) Contrasta mucho el lenguaje de Santa Teresa con el usado en algunas revelaciones posteriores, donde se habla de la Virgen con una minuciosidad que da mucho que pensar. Santa Teresa no se atreve á describir: es mas, dice que ni sabe ni puede hacerlo. Le sucede lo que á San Pablo.

En otro pasaje de su vida, al fin del cap. XXXIX, dice: «Un día de la Asuncion de la Reina de los Angeles y Señora Nuestra, me quiso el Señor hacer esta merced que en arrobamiento se me representó su subida al cielo y la alegría y solemnidad con que fué recibida y el lugar á donde está. Decir cómo fué esto yo no sabría.»



LA VÍRGEN CORONADA DE ESTRELLAS (VISION DE SAN JUAN)